



FONDO EMERITARIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPITULO XVI

La bomba

DIJO palabras de sabiduría quien dijo que la costumbre acaba por ordinariar hasta las más grandes emociones. La devota que se extasía ante el sublime misterio de la Transubstanciación, al volverse beata acaba por encontrar tan natural que el pan y el vino se conviertan en el cuerpo de Cristo, como que pase un carro por la calle ó que el sacerdote se vista con casulla roja. Quien se acerca por primera vez á un grande hombre, se siente suspenso y cohibido por la luz que despide el sujeto privilegiado á quien dotó la naturaleza de dones superiores; mas que ese mismo admirador se trueque en comilitón, criado de confianza ó ayuda de cámara del ser extraordinario, y no tardará en perderle el respeto descubriéndole más lacras, debilidades, dolamas é imperfecciones que al resto de los humanos. Y así, el

minero que baja al centro de la tierra, el soldado que se bate diariamente, el bombero que lidia con el fuego y la mujer que cada año *se hinca á morir*, como decían nuestras madres, hallan naturalísimo excavar, pelear, derribar techos y reproducirse, y al fin no les causa espanto nada de lo que les pudiera acontecer.

Así nuestros amigos de la calle Sola, que empezaron por pasar supiripandos y convulsiones y por derramar lagrimitas de terror, al fin veían como cosa natural que franceses y mexicanos estuvieran cascándose las liendres y que Puebla quedara reducida á escombros. La pregunta diaria era: *¿Dónde hay fuego?* y la respuesta de don Bernabé no fallaba nunca, pues con la misma habilidad con que antes resolvía en dónde llamaban á misa, en los días del sitio contestaba seguramente: «Se pegan duro en Ingenieros»; «Han cesado los tiros en Zaragoza, pero ahora están en Morelos»; «Cuidado que baten el cobre por el rumbo de Cholula»; «Buena está la agarrada en Guadalupe», ó algo por el estilo.

Mas si el excelentísimo Sedeño no tenía cosa mejor que hacer que mirar las bombas, contar los cañonazos y enterarse de cuáles eran los rumbos atacados, los demás habitantes de la casa se entretenían en algo más divertido, y era en enamorarse por todo lo alto, sin dárselos un comino de lo que pasara fuera. «¿A pesar de las bombas y las balas?» dirá asombrado alguno.

A pesar de todo, pues en la especie nunca se siente tanta ansia de acercarse al sexo contrario como cuando parece que la humanidad está á punto de acabarse. El divino Renán fué calificado de vitando y de infame porque suponía en su *Abadesa de Jouarre* que dos antiguos novios se habían amado en momentos de marchar para la guillotina; el gran Tirso Córdova se indignó por esa ficción, en su concepto pagana é infame, y publicó para combatir al maestro cada artículo que daba la hora. Mas Tirso no recordaba sin duda que en las tremendas agonías del sitio, cuando no debía haber pensado sino en ponerse bien con Dios y en darle cuenta de sus pecadillos, se dedicó á enamorar á Eufrosia Sedeño y á aconsejar á su amigo Antonio Romo de Vivar, sobre la manera de entenderse con Manolita Vaca.

Tirso era un temperamento de veras expansivo y amoroso; era de esos que creen que se debe, por causa de cortesía mundana y de caridad divina, decir cosas agradables á la mujer que se halla al paso, cualesquiera que sean su estampa y su condición. «¡Cuántas desgraciadas, decía Tirso con sutileza, no han oído nunca una frase amorosa, y cuánto bien les hace quien llega á decírsela!... Yo de mí sé asegurar que no me siento con ánimo para negarle consuelo tan grande á una mujer, y que tal acción la considero, cuando la interesada es fea de veras, más meritoria que la de San Francisco cargando al leproso, ó

la del Cid dándole la mano al gafo... ¿Que resulta mentira y engaño á la fea? ¿Pues acaso no hago lo mismo cuando lo digo á la hermosa y llevado de mi natural variable y tornadizo mudo de parecer á los pocos días?... Es caridad, caridad de la buena, no de la que consiste en dar dinero ó cosa que lo valga, la que practico al decir á una fea que la amo.»

Así, no encontrando cosa de provecho en que entretenerse durante sus largos y forzados ocios, Córdoba se aplicó á hacer creer á la Sedeño que sin ella no podía vivir, que se moría por sus pedazos, y algunas otras cosas que la boba de Eufrosia aceptaba como el Evangelio. Sedeño padre, con aquella su inmensa habilidad para hacerse cargo de lo que sucedía á su alrededor, no tardó en darse cuenta de los nuevos amores; pero echándolo todo á buena parte se figuró que no tardaría Tirso en llegar al trance de la epístola de San Pablo. Y no es que el casullero hubiera sido un bellaco que tratara sólo de colocar á todo trance á sus hijas, sino que creía que en su deber de padre amoroso estaba el hacerse el sueco en estos asuntos, á fin de que salieran lo mejor logrados que posible fuera.

En cuanto á la chica, claro está que no había de hacer ascos á lo que deseaba ardientemente, pues pertenecía á esa casta de niñas que apenas ven pasar dos veces por su casa á un hombre cualquiera y ya empiezan á hacerse

ropa blanca, figurándose que el matrimonio será á la semana siguiente.

A veces se encerraban en conciliábulo Córdoba y el buen mozo Romo; y don Bernabé, que se figuraba no tenían los dos muchachos más empeño que el ponerse de acuerdo sobre la manera de concluir el asunto del noviazgo de Tirso con toda la prisa posible, decía relamiéndose el labio superior, cerca del punto donde debieran estar los bigotes:

— Buenos están éstos con su infundio; á otro perro con ese hueso; ya sé de lo que tratan y no valía la pena de que se ocultaran, pues estoy conforme en que Eufrosia se case con Tirso, que no dejará de tener su buena clientela tan pronto como nos pongamos en paz y él reciba su título de abogado... No hay para qué andar con tapujos, que yo me lo sé todo... En cuanto al otro, juraría que se inclina á Vacha (Gervasia), que también está muy espi-gada y muy guapita... No me daba buena espina ese muchacho, pero si es que va por la buena fin...

El interés que inspiraban todos estos asuntos á don Bernabé, quedó completamente opacado, ó por lo menos un poco obscurecido, por un suceso que fué palillo de dientes de todas las conversaciones en los días del sitio. Una tarde, á eso del obscurecer, llegó á la casa un sujeto misterioso, que habló largo tiempo con la monja y que volvió al día siguiente, á la misma hora, acompañado de

otras mujeres cubiertas con sendos y tupidos velos. Sedeño sentó el auto cabeza de proceso y comenzó á levantar la averiguación; pero no tuvo necesidad de muchos esfuerzos para ponerse al cabo de cuanto quería saber. Era á principios de Abril; la mañana límpida y clara permitía contemplar los cerros más distantes sin la interposición de niebla ni nube; no se habían oído tiros en toda la mañana y el sueño de la noche había sido excelente. Don Bernabé no podía prescindir de su costumbre de levantarse temprano, y arrebujadito en un *plaid* color de rata, recorría todas las dependencias de la casa, desde la cueva, abrigo de los canasteros, hasta las habitaciones altas, residencia de las familias distinguidas de la colmena. Regaba los tiestos, quitaba las hojas secas á los árboles, rellenaba con argamasa tal cual hendedura en las losas que se habían desprendido y acababa por subir á su cuarto para sentarse triste y displicente á hacer calendarios:

— Esta es la hora de la llegada del señor Magistral... Es una pólvora el hombre; nada le parece bien, tira la ropa, está malhumorado y furioso hasta que le llevan su chocolatito bien caliente, sitiado de bizcochos blandos y sabrosos... ¿Y qué hará ahora el señor Magistral? Hoy tocaría misa de coro... Recuerdo que las vinajeras chicas quedaron en poder del platero... ¿Y dónde habrá ido á parar el maestro Julián, el platero del Cabildo? Como no

hayan caído en poder de los liberales las vinajeras, el ciborio, las dos navetas y el incensario sin cadenillas... Las seis y cincuenta minutos... (A esta hora iba avanzando por la nave derecha el señor Arcediano con su patita coja y su capa hasta los talones...) Buenos días, señor Arcediano... ¿Cómo pasó la noche su merced?—Bien, hijo, bien; sólo que la maldita reuma...—La altamisa con sebo de riñonada, señor.—¿Qué altamisa ni qué ojo de hacha! No acierta Hernández con toda su ciencia y habías de acertar tú con tus empirismos.—Hágaselo, señor, que si provecho no le hace, daño tampoco...—Tonterías; yo sólo me curo con que me entablen y me dejen cuatro ó cinco años bajo la tierra: verás qué guapito salgo de allí, y cómo ante el Señor no siento dolores de piernas ni necesidad de altamisas ni de tonterías... Mi enfermedad se llama *añitis*, indigestión de calendarios, vejez, en una palabra; y eso no se cura con remedios de botica... Luego, á medida que iban llegando los demás señores, qué ruido en la sacristía, qué abrir de cajones, qué crujir de sobrepellices planchadas... Me parece ver sobre los sitiales, con los brazos abiertos, la ropa bien ordenada, de modo que semejaba canónigos á quienes se hubiera exprimido el jugo... ¿Qué tráfago, qué confusión!... Al fin salía la misa...

Aquella mañana, pues, luego que don Bernabé hubo echado trazas y recordado sus ocupaciones diarias, se

asomó al corredor y se quedó suspensó al advertir algo que le extrañó grandemente... Se limpió los ojos, y entonces no le cupo duda: bajó la escalera lo más aprisa que le fué posible, llegó á la puerta del cuarto de la mulata Francisca, y estrechó en sus brazos á un eclesiástico flaco, viejo, de buenos ojos, de cabellera rizada, de anteojos con arillo de oro y de fisonomía plácida y tranquila.

— Padrecito de mi alma, gimió don Bernabé con voz de niño extraviado que halla á su madre, ¿qué hace aquí su merced? ¿Cómo vino? ¿Qué trae?

— Sedeño querido, exclamó el otro abrazándole con fuerza. Conque ¿aquí vive usted? ¿Aquí tiene su *cubiculum vel habitaculum*?

— Sí, Padrecito, y muy á sus órdenes.

— Vaya, vaya, que sea para bien. ¿Y qué tal la salud, con estos sustitos que nos pegan los defensores de la patria? *Si vales, ego valeo*...

— Bien, señor, muy bien; no hay queja de la salud.

— Yo no estoy muy católico; con esto que han inventado mis queridos amigos los carbonarios, no tengo paz un solo momento... Se han empeñado en repetir lo del gran Virgilio, ¿recuerda usted?... *Moriamur et in medio arma ruamus*, y nos tienen fritos á los que nunca hemos sido chicha ni limoná... Ya usted lo sabe; que me saquen de mis *Súmulas*, de mis monjas y sobre todo de mis autores latinos, y no valgo nada. Yo ¿qué sé

del gobierno del mundo y sus monarquías? A mí, que me pregunten por las advocaciones de Diana, qué se debe entender por lar y qué por penate, si Virgilio dijo ó no dijo bien en tal ó cual verso de la Eneida, si tiene razón el manuscrito hache ó el manuscrito erre, y sabré contestarles; pero que no me salgan con la pata de que resuelva si el escrutinio de lista es conveniente ó si la monarquía le viene á México como anillo al dedo; eso no es de mi provincia, no me toca, no me tira... Y luego, haberme quedado por mis negrísimas desdichas á resistir este horrible sitio, que tiene trazas de durar este año y el próximo... Que entren los franceses, que salgan los mexicanos, que Puebla caiga ó no caiga; pero que me dejen á mí estudiar mi Horacio, mi *flaco*, como le llama Cardoso... Cabalmente estoy traduciendo la oda *¡O navis!* aunque no he concluído el comentario, que es sapientísimo.



— Creía, Padrecito, que había salido de Puebla su merced.

— La de malas, Sedeño; cuando ya tenía listo todo, estas benditas viejas me mandaron á llamar, y entre repulgos é indecisiones se pasó el tiempo: al querer retirarnos no pudimos; ya los franceses habían extendido su línea y echaban bala rasa al que trataba de ponerse en cobro.

— Y ahora, ¿qué hace aquí?

— Venimos á refugiarnos; traigo siete monjas mías, es decir, siete capuchinas y tres teresas, ó sea tres vagabundas del convento de Santa Teresa que nos hallamos al azar... Estábamos rumbo de la Misericordia, pero como dicen que por allá van á seguir sus operaciones los sitiadores, no me pareció conveniente permanecer en un lugar tan peligroso. Y luego, que como tienen mis monjas la ventaja de encontrarse aquí con una compañera suya asilada desde hace tiempo, le pusieron puntería á la casa y aquí nos tiene usted.

— Pues que sea para bien, Padrecito.

Y mientras el casullero se retiraba arrastrando los pies, el otro se metía á devorar la pitanza matutina.

El padre don Vicente Irizar de la Fuente era un sujeto raro y especialísimo. Desde los doce años, que empezó sus estudios en el Seminario, se aplicó á conocer el latín y á profundizar sus secretos. Siguió estudiando filosofía y teo-

logía, sólo porque los libros estaban escritos en latín, y latín siguió leyendo toda su vida, al grado de que se admiraba de que las gentes hablaran romance y de hablarlo él mismo. Mas lo curioso era que, á pesar de haber abusado del manjar, lejos de sentir que se le hiciera burdo el gusto, se le volvía, por el contrario, más y más refinado á medida que pasaba el tiempo. Ya no gustaba de Prudencio, ni de Estacio, ni de los autores de segunda fila; para él no había más que Virgilio, Cátulo y sobre todo Horacio entre los poetas, y entre los prosistas, Cicerón y Tácito.

Irizar era un gran egoísta, un gran comodino y un gran casto. «No será virtud, decía; tal vez sea frialdad, indiferencia, costumbre, lo que ustedes quieran, pero el famoso amor me parece la mayor de las indecencias.» Por eso, cuando alguna monja atacada por la horrible *tentación virgínea* le manifestaba en el confesonario escrúpulos de conciencia y luchas interiores, el capellán no dejaba de decirle: «Pero, hija, ¡qué tonta eres! pareces dejada de la mano de Dios... Pensar en los hombres, soñar con ellos, sufrir por ellos deliquios y trasudores, sólo se le ocurre á una desocupada como tú. Date una buena mano de disciplinazos para domar al asnillo, y te pondrás como nueva... Si supieras qué feos son los hombres, no pensarías en ellos más que para compadecerles... Unos son gordos como toneles, otros son flacos como cañutos; los